

Historia Patria y Sectarismo

(Conclusión)

Reducción y Mestizaje.—

No contentos con tildar de inoperante el régimen misional, sus adversarios han creído encontrar su causa en la esencia misma del sistema de "reducción". Y al exaltar la función del mestizaje, del cruce "que vigoriza y enseña y cumple el fin supremo de la vida: realizarse con plenitud" acusan infundadamente al misionero de haberse satisfecho con aislar al indígena y enseñarle el avemaría.

Evidentemente; si no hizo otra cosa el misionero, no cumplió una gran misión en la historia. Pero cuán peregrina sea la acusación lo dejamos arriba demostrado. Réstanos apuntar el papel que desempeñó el "fraile" en el gran hecho histórico del mestizaje americano.

La exaltación del mestizaje no es nada nuevo. ¿Dónde quedó ya el mito de las razas puras? Un entrecruzamiento de razas ha sido el continuo tejer de los pueblos.

Mas el problema —aquí en Venezuela— no consistió en la creación del mestizaje, sino en la manera cómo aquél había de cumplirse. En o-

tras palabras: ¿cabía el mestizaje vertical, brusco, de una raza que había superado la cultura postrenacentista, sobre los aborígenes, lejos aún del eneolítico? ¿Qué habría quedado de la mezcla brutal del conquistador, con toda su potencialidad fisiológica, con toda su fuerza militar, sumadas a una superior cultura, de signo contrario a la de los aborígenes? A no dudarlo, el injerto brusco habría resecado los jugos más puros del indio.

Fué necesario que el misionero aislara en los principios al indígena para que, lejos del contacto con el blanco, fuera madurándose y disponiéndose para el formidable mestizaje. Este hecho no podía ser la resultante de una mera vinculación fisiológica. Para ser cabal, había de ser atado con otros nudos más fuertes, de orden moral y sobre todo religioso. Ahora bien: ¿cómo estrechar esos lazos antes de llevar al indígena a una esfera de orden moral, semejante a la del blanco?

La reducción no tuvo otra finalidad que librar al primitivo de la voracidad de los blancos; que en tal estado de explotación, se hacía imposible el cumplimiento del mestizaje. Si los pueblos de misión, una

vez entregados a la potestad civil, seguían progresando, ello era debido a la sólida base fundada en las reducciones con "el apego a la propiedad raíz, la estabilidad de las habitaciones, el amor a una vida suave y pacífica" (Humboldt). El indígena había sido levantado a pulso por el mestizaje espiritual, muy superior al biológico.

Precisamente no hace mucho tiempo analizaba Arturo Uslar Pietri, la parábola del mestizaje. Y al señalar el cruzamiento fisiológico consumado por el conquistador español "con una consciente y decidida voluntad de fusión", concluía acertadamente:

"Pero sobre todos esos contactos y fusiones un poco azarientos, se destaca una empresa tenaz y penetrante de asimilación y fusión espiritual que es la de los frailes. Son los frailes los padres del mestizaje espiritual que más ha contribuido a la formación y destino de la América criolla. Son los primeros y los más eficaces directores del proceso de la formación de lo criollo" (12).

Se acercaron al indio—prosigue—se pusieron a gatas a jugar con los niños, para ir amasando el vocabulario; les enseñaron los oficios y las artes a las que manos indígenas darían un rostro nuevo, el de América mestizada; ellos ataron los nudos del pasado americano con la creación del presente, en un bordado maravilloso que supera a las ensueños utópicas de la Europa renacentista.

"La vida criolla salió como tejida de aquellas manos ascéticas que hilaron lo indio con lo español, con lo negro, con lo telúrico, en un tejido nuevo... hicieron más que representar y difundir el credo de una religión. En realidad, le dieron forma al destino de un mundo" (id. id.)

Le dieron forma al destino de un mundo. Llevaron a su consumación el sagrado mestizaje de América. Cobre virgen se fundió con el estaño hispánico, en el crisol de los siglos, al calor del mismo destino. El espíritu presidió la misteriosa aleación, y dió al bronce la cara y la cruz. A cara cruz, la suerte de América. En la moneda acuñada por niños misioneras.

Misiones laicas.—

El pretendido fracaso del régimen misional y en particular del sistema de reducción, ha conducido a profesores e indigenistas a propugnar una especie de misión laica, cuyos antecedentes en nuestro medio se remontarían a los intentos del gobernador guayanés Manuel Centurión, en el último tercio del siglo XVIII.

El proyecto consistiría en la fundación de poblaciones mixtas de españoles e indios con el fin de que aquellos hicieran progresar sus industrias con abundante mano indígena y estos adelantarán con el "ejemplo y comercio de los españoles". En esa forma se podrían obviar las dificultades que las reducciones presentaban.

Si en teoría el sistema era acertado, en la práctica pronto se hubo de tropezar con las exacciones cometidas por los blancos con los indios inmaduros. De todos modos —como si al progresista Gobernador le faltara ancho campo a sus iniciativas en la extensa Guayana— sugería la conveniencia de sustraer a la jurisdicción misionera varios de sus centros mejor provistos, y subordinarlos en lo económico y civil a la autoridad de un corregidor y un cabo de ejército. Tales serían los nuevos apóstoles del laicismo.

Los planes civilistas de Centurión que habían arruinado, con la persecución más enconada, las reducciones del Alto Orinoco; obligando a sus misioneros a abandonarlas (13), se estrellaron contra la justa resistencia de los Capuchinos del Caroní. El pleito fué zanjado por el Consejo Real con dos Reales Cédulas despachadas en 1774 favorables a los misioneros: aunque aquellos establecimientos habían más de 20 años que habían sido fundados, no debían convertirse en curatos, ni en lo civil y político subordinarlos a corregidores y cabos de ejército.

El progresista Gobernador no carecía de tierras para el cumplimiento de sus propósitos. Que rompiera la reja primero en tierras de barbecho, como lo habían hecho los capuchinos. Que su programa de co-

lización civil era superior al misional, tenía que demostrarlo con fundaciones nuevas, con indios incultos. Nada tenían que aprender de él los misioneros para el incremento de la agricultura y la ganadería y demás actividades humanas, pues como bien lo dijo el Prefecto de las Misiones de Guayana, los centros monacales tenían talleres que envidiaba la misma capital de Guayana.

Es inexplicable el sectarismo con que en este punto procede Gil Fortoul cuando al ponderar la excelencia del plan Centurión lo califica de "único medio de multiplicar la producción de ganado, carne salada, pieles, tabaco en rama, que componían entonces lo principal del comercio guayanés". Porque a juzgar por esas palabras, el incremento de la ganadería habría sido superior en las poblaciones sometidas a la directa jurisdicción del Gobernador que las subordinadas a los capuchinos, cuando la realidad fué muy diversa, como aparece en el informe del sucesor de Marmión, aducido por el mismo Gil Fortoul; pues mientras el ganado alcanzaba en las poblaciones civiles la cifra de 40.000 cabezas, en las misiones llegaba a 180.000.

Dijimos antes que el intento de Centurión, que no era tan laico como para dejar de proveer de curas doctrineros a las poblaciones, ha sido hoy enarbolado por quienes no pueden ver con buenos ojos que la empresa civilizadora esté en manos ascéticas.

Sin pretender una total supresión de las misiones, sugería el año pasado Acosta Seignes en su "Noticia sobre el problema indígena en Venezuela" la conveniencia de crear una obra laica para la venezolanización de nuestros aborígenes.

Pues bien: lejos de oponernos a un proyecto tan patriótico, tenemos que manifestar nuestros mejores deseos porque al punto se lleve a la práctica. Puesto que nuestra acción misionera no alcanza a numerosos contingentes de indígenas que recata el misterio de la selva, muy a gusto podrán elegir el escenario de sus futuras proezas, sea en la civilización del Alto Caura o en la pacificación de los motilonés.

Con alborozo saludaremos el día en que don Miguel Acosta Seignes abandone sus quehaceres científicos para consagrarse a su ideal indigenista, a ejemplo de aquel pariente de Carlos V, el gran educador Fr. Pedro de Gante, o el humilde lego Fr. Francisco Pamplona, descendiente de los reyes de Navarra que aquí mismo prefirió la estameña franciscana al uniforme de General de la armada de Barlovento.

Podría don Miguel fundar entre los guaraúnos, que bien conoce, una especie de cenobio civil con sus numerosos neófitos y allí entregarse a la honrosa tarea de enseñar rudimientos a los párvulos y a los hombres las suaves tareas del cultivo del arroz, enfangándose hasta la rodilla en la selva poblada de alimañas. Bien sabe él que a todos esos menesteres está hecho el hábito monacal.

Y el sueldo? Los interesados misioneros laicos no tendrán a mal que el Gobierno les ofrezca lo que hasta el presente han venido percibiendo los capuchinos v.g. de Guayo: a razón de Bs. 500 mensuales para el sostenimiento de tres misioneros, construcción de escuela, dotación de lanchas etc. Estoy seguro que el Gobierno Nacional aceptaría a ojos cerrados tales proposiciones; pero también estoy cierto que los interesados apóstoles laicos nunca suscribirán semejante compromiso.

Nuestra respuesta al sectarismo que enarbola la bandera de la civilización laica frente a las misiones católicas es tajante: hablad, gritad contra los misioneros cuando con los mismos recursos hagáis otra cosa mejor! Mientras tanto preferiré a vuestras voces la grave y madura de don Mario Briceño I:

"Cosa rara, para reducir a los naturales no se ha recurrido hoy en día a los métodos rusonianos (ni a los de Gil Fortoul o Acosta Seignes —diríamos nosotros) sino al impugnado método de San Francisco de Asís, con el cual los misioneros lograron fundar trescientos pueblos, hoy desaparecidos en su mayor número, y reemplazados por la vorágine del desierto y la selva tropical" (14).

Con gran acierto apuntaba Pedro Manuel Arcaya—después de exaltar la acción misionera en la defensa de la Guayana contra los holandeses y británicos: “Cuando leo las diatribas contra los misioneros, me pregunto si quienes eso escriben serían capaces de hacer algo parecido a lo que ellos hacen: irse a la selva, subir a pie empinadas montañas, navegar en frágiles curiaras por ríos desbordados, morar en improvisadas cabañas hechas con estacas y cubiertas con hojas, sufrir hambres e incomodidades, arriesgar la vida en manos de los salvajes. Todo esto, no por el afán de lucro material, pues nada tienen ni esperan tener, no por ansia de notoriedad, pues apenas sus nombres y no todos quedan consignados en las crónicas de sus Ordenes que fuera de un pequeño círculo nadie lee, no pues, por los móviles que lanzan al común de los hombres a trabajar y arriesgarse, sino por puro amor del prójimo y por honda convicción religiosa” (15).

Bien se echa de ver por los testimonios citados que sólo plumas monacales se han afilado en la defensa de sus respectivos misioneros, mientras la HISTORIA, terriblemente implacable, dicta en frío su fallo condenatorio...

Las contradicciones de Baralt.—

Muy lejos nos habría llevado la tesis de Gil Fortoul, mientras Baralt (digámoslo en singular) esperaba en puertas su turno. Nos era imposible dejar de satisfacerle por cuanto su opinión es traída con harta frecuencia por los profesores, sin que hayan parado mientes en sus claras contradicciones.

Y Baralt se contradice a todas luces cuando juzga como mala la institución misma de las misiones (16) y asienta con Humboldt que la “teocracia americana bien organizada era acaso el gobierno más adaptable a la índole flemática grave y silenciosa de los indios” (17). Ni se puede entender que los frailes fueran unos explotadores, fanáticos y oscurantistas si se afirma en otra parte que “en las órdenes monásticas se hallaba por aquel tiempo un gran caudal de saber y de virtud” (18) Ni cabe en ninguna mente que el sistema de reducción acabara en los indios con

“el natural vigor y vivacidad de carácter que en todos los estados del hombre es el noble fruto de la independencia” (19) si a renglón seguido se afirma que los indios sometidos a los misioneros “conservaban su fisonomía moral, su lengua, sus hábitos con mayor fuerza y tenacidad que si hubieran sido prudentemente mezclados y confundidos (20)”. En fin: si es cierto que la institución misma fué mala y sus beneficios exiguos o nulos, a qué lamentarse como lo hace Baralt, de su desaparición y a qué culpar a la República por no haberla substituido por otra institución que fuera capaz de llenar el vacío “que aquella dejó?” (21). El pensamiento de Humboldt parece ser el definitivo: cualesquiera que hayan sido los defectos del régimen misional, es la institución más adaptada a la naturaleza aborigen y de todo punto insustituible.

Pero es también ilógico Baralt al achacar la exiguidad de los resultados —si es que la hubo— a falta de método o empeño, haciendo caso omiso de las insuperables dificultades que se les opusieron. Además que debe carecer del más elemental sentido sociológico quien exija de un puñado de misioneros la total transformación de pueblos enteros cuando nuestra sociedad es incapaz de ello, a pesar de los medios de que dispone, como lo prueba el siguiente caso que nos contó el conocido explorador Cardona.

De una de sus expediciones arriesgadas del Alto Caura trajo a Caracas un indiecito con el propósito de civilizarlo. Sabá Cardona—tal fué su nombre— recibió el santo bautismo. Hizo estudios primarios y aun cursos de bachillerato en un liceo capitalino. Instruido en la religión cristiana seguía con todo fervor la Santa Misa en su libro de oraciones. Dónde se habrían refugiado los prejuicios ancestrales del primitivo? La respuesta no se hizo esperar. Habiendo enfermado hubo de someterse a la asistencia médica aunque él más confiaba en el embrujo de las maracas pintadas del viejo piache de su parcialidad. Sanó al fin, y prefirió dejar la capital por la alegre libertad de la selva.

A los años, el capitán Cardona volvió a remontar el Caura—bravío en

una hazaña de seis meses de lucha contra la corriente. Los gruñidos de un hechizero le llamaron la atención. Parecían voces conocidas. Allí en efecto reconoció a Sabá que había sucedido al viejo piasán de la parcialidad. Era el mismo que seguía las ceremonias de la Santa Misa en su libro de oraciones y que había cursado en un liceo caraqueño. Caracas con toda su potencia socializadora había tenido que ceder en el forcejeo con la barbarie. No esperen los sociólogos de gabinete que las transformaciones de pueblos se realicen como un acto de prestidigitación en la plaza de feria.

Dépons testigo presencial... desde Caracas.—

Al francés Dépons se le suele rodear de una especie de aureola pontificia como si hubiera observado con sus propios ojos los vicios del régimen misional. Pero si hemos de creer a don Andrés Bello, el francés escribió todo un capítulo del Orinoco y la Guayana sin haber salido de Caracas ni a Puerto Cabello (22).

Pero aun prescindiendo de eso, el testimonio de Francisco Dépons resulta o errado o contradictorio o impreciso en sus acusaciones o pueril. Se equivoca en efecto cuando pretende hacernos creer que los misioneros fueron unos holgazanes que hicieron indolentes a los indígenas. De ahí que propusiera como remedio a la ineficacia de las misiones que se educara al indio por el trabajo (23), siendo así que los misioneros —es la tesis aceptada aun por sus detractores— dibujaron con mano maestra el perfil ganadero de la Guayana, lo que no fué posible sino a expensas del trabajo tesonero de los indios y de sus educadores. Mientras Dépons saborea la tranquila vida de salón en aquella Caracas de mil setecientos y pico, manos franciscanas, morenas como el sayal y el terruño, levantaban pueblos en el Caroní que por la regularidad de las construcciones y el alineamiento de las calles y la belleza apacible de las plantaciones recordaron a Humboldt el Norte de Alemania y le hicieron reconocer "las huellas —tal es su testimonio— del hombre laborioso e inteligente, fomentando la agricultura en toda su extensión en medio de aquellos mon-

tes agrestes, hasta entonces improductivos" (24)

Se contradice Dépons cuando habiendo reconocido en el indio el ser más incapaz de recibir la enseñanza cristiana y someterse a la vida civilizada, (25) se maravilla que los misioneros, con esfuerzo tan continuado, no hayan transformado totalmente su vida y sus costumbres.

Son además sus acusaciones demasiado particulares, referentes tan sólo a algunos misioneros sin que se especifique —tal vez por demasiada caridad cristiana— sus nombres, la fecha y el sitio de los sucesos:

"Tan ávidos son algunos misioneros —dice Dépons— que no se avergüenzan de emplear la influencia religiosa, y valerse sucesivamente de amenazas y promesas para obtener del indio demasiado crédulo y miedoso, trabajos que están más allá de sus fuerzas y en cuyo producto no tienen participación alguna..." (Que los indios ciertamente obtenían el producto de sus trabajos individuales y los beneficios de las explotaciones colectivas, se puede comprobar por el informe oficial de Alvarado relativo a las misiones capuchinas)

"Frecuentemente se ven procesos de misioneros acusados de muchos excesos. Hay además misioneros que ejercen abiertamente el comercio, o mejor dicho el contrabando y el monopolio y que a pesar de la regla amontonan riquezas más o menos considerables" (26).

Tal es el tenor de las acusaciones algunos misioneros... hay misioneros... Inclúyanse en lugar de esos puntos suspensivos los crímenes más atroces. Aunque los hubiera, mientras fueron achacados a "algunos misioneros", el conjunto de la obra misional en nada sería afectada; como en nada se resiente la patria venezolana porque algunos venezolanos sean criminales, borrachos y ladrones. En definitiva acusaciones de ese jaez, arrojadas por un testigo presencial desde Caracas... a muchos cientos de kilómetros, sin anteojo de largo alcance, nos tiene sin cuidado.

Muy conocida —sin que por ello deje de ser harto peregrina— es la

tesis del mismo relativa a la esencial diferencia entre los primeros misioneros y sus sucesores: aquellos fueron unos santos, estos unos mercantilistas explotadores. No debían estar muy relajados los buenos frailes, ni debían ser tan odiados por los indios, cuando estos se fugaron a los bosques cuando las misiones fueron suprimidas. Y menos habría pensado Bolívar en restaurarlas si el "relajo" fuera como el que supone Dépons. Ciertamente Baralt los libra de los "excesos y crímenes" (sic) que se les atribuyen en otras partes. (27)

La acusación de mercantilismo por que los misioneros vendieran camándulas, medallas y otras menudencias, peca por lo pueril y ridícula. Redondo debía ser el negocio cuando a ningún comerciante avisado se le ocurrió montar un establecimiento de ese género en plena selva guayanesa. Mercantilismo por otra parte atenuado por la parvedad del salario, que percibían de la Corona, pues como lo reconoce el mismo Dépons "si era más que suficiente por los primeros que se alimentaban de raíces y frutas silvestres, pero en la realidad no les bastaba para alimentarse y vivir decentemente". (28)

Una campaña antimisional al servicio de la penetración portuguesa.—

Si hasta aquí nos ha sido posible concretar las principales acusaciones que en las clases de Historia Patria se tejen para cazar a los incautos discípulos, difícil nos sería reducir a una suma las causas que las originaron.

A título de ejemplo, ciertamente significativo para quienes se precian de consagrar sus mejores días a la formación de la conciencia nacional, nos decidimos a proponer —no como prototipo— el caso de las acusaciones antijesuíticas relativas a las reducciones del Alto Orinoco.

El 13 de enero de 1750 se firmaba en Madrid con la Corona lisboeta el Tratado Hispano-Portugués por el que se intentaba fijar los límites de los respectivos dominios en América. En su artículo 22 contemplaba el nombramiento de sendas comisiones que en el terreno mismo señalaran detenidamente la línea de demarcación. No nos importa seguir aquí los pormenores de la Expedición de

límites, en sumo grado beneficiosa al conocimiento de nuestras tierras sureñas. Al estudio reciente de don Demetrio Ramos Pérez nos remitimos (29). En cambio nos interesa la formidable campaña antijesuítica desatada en tal ocasión, en la que el Informe reservado de Alvarado no es más que un hilo de sutil urdimbre.

Ya Monseñor Navarro en su obra "Los Jesuitas en Venezuela" había observado los agudos contrastes que presenta el Informe con la extraña mezcla de elogios y acusaciones. Posteriormente el P. Manuel Aguirre Elorriaga (30) siguiendo el enfoque mismo de Monseñor Navarro se inclinó a pensar que se trataba de una doble reacción: la primera favorable, en 1776 cuando aún no se pensaba en la expulsión de la Compañía de Jesús, y una segunda difamatoria cuando Aranda pidió a Alvarado un Informe que sirviera a su campaña previa tendiente a crear un clima de opinión adversa a los jesuitas.

Hasta aquí la opinión de los citados autores. Con todo y ser muy significativo que las acusaciones antijesuíticas formen parte de un plan premeditado, el problema es todavía mucho más grave como se verá en lo que sigue.

En efecto: los escritos antijesuíticos de Alvarado tienen su origen en el punto y hora que establece contacto con los misioneros del Alto Orinoco, al servicio de la Comisión de Límites (31). Más aún, cuando Alvarado responsabiliza a Iturriaga del fracaso de la expedición, lo acusa de estar complicado con los jesuitas en el boicot al Tratado Hispano-Portugués (32).

¿Era real la resistencia de los Jesuitas?

Ciertamente habían surgido dificultades para llevar a la práctica la totalidad del tratado de 1750. De ahí que nuevas negociaciones se reanudarán con vistas a salvar lo esencial del mismo. Dichas conversaciones coincidían —estamos ya en el nudo del drama antijesuítico— con la campaña desatada por Pombal. A la solicitud española de reanudación de las conversaciones respondió la Corte de Lisboa en los mejores términos.

con la esperanza de terminar con "los extraordinarios impedimentos que por tantos años han prestado las maquinaciones de los jesuitas" (33)

Ese mismo año de 1758 sugería el Embajador Portugués Antonio P. Saldanha que ambas Coronas debían convenir en quitar a los jesuitas sus misiones del Paraguay para entregarlas a la administración de los Obispos y Gobernadores (34). En suma: la campaña antijesuitica en sus dos frentes, a saber, las reducciones del Paraguay y las misiones del Orinoco se urdía con el célebre Tratado Hispano-Portugués, que directamente afectaba a la actual Venezuela.

Ahora bien ¿cómo era posible que los jesuitas se opusieran a un Tratado de demarcación que se había originado precisamente en sus reclamaciones ante la Corte contra la penetración lusitana en el sur de Venezuela?

La respuesta nos la da el estudio que vamos siguiendo: El Tratado que originariamente se debía a las reclamaciones de los jesuitas, se convirtió en los enredos diplomáticos del astuto Marqués de Pombal en arma contra sus inspiradores, por cuanto ahora los jesuitas entrañaban la oposición más firme a los planes de infiltración lusitana fraguada en el cerebro de Pombal cuya expresión concreta se cifraba en el mencionado tratado:

"El gran motor antijesuitico —dice don Demetrio Ramos Pérez— estaba en el Marqués de Pombal, quien inteligentemente sabía que explotando este camino la Compañía perdería su fuerza y por lo tanto quizá Portugal ganara, como sucedió, parte de

los territorios españoles. La muralla a la expansión lusa eran los jesuitas y contra ellos dirigieron una campaña burda e infantil, que difícilmente si no fuera por la pasión podría explicarse su éxito. Clave de todos los alegatos contra los ignacianos fué la "Relacao abreviada da Republica que os Religiosos Jesuitas das Provincias de Portugal e Hespanha estabelecerao nos Dominios ultramarinos das duas Monarquias" publicada en Lisboa, en 1757, (observen la coincidencia con la revisión del Tratado), por Pombal ocultando su nombre. Desde entonces todas las falsedades aquí contenidas, con tan torcido móvil, se fueron repitiendo incluso en España" (35)

Nada tenemos que añadir a las palabras del historiador del Tratado de Límites de 1750. El hecho es lo suficiente revelador para quienes aún hoy se vienen pronunciando contra la acción misionera. Al proceder así hácese eco de las campañas promovidas con el rebozado intento de sustraernos los feraces territorios de nuestras selvas sureñas. Que sigan desde las cátedras liceístas vociferando contra los misioneros. Que sigan con gesto farisaico lanzando guijarros contra los hombros que sustentaron nuestra prodigiosa geografía cauce de la nacionalidad. Capuchinos observantes dominicos, jesuitas, todos formaron un frente único que contuvo las malocas lusitanas, holandesas y británicas; sin su acción Venezuela limitaría al sur por la línea sinuosa del Orinoco. Pero su misión con ser intrépida, no se redujo a contener las incursiones extrañas; fueron los fundadores de la vida criolla, al decir de Uslar Pietri.

NOTAS

- (1) HUMBOLDT Alejandro, "Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente", Caracas, 1942, t. IV, pág. 60.
- (2) Los establecimientos monásticos han derramado en la parte equinoccial del Nuevo Mundo, como en el Norte de Europa, los primeros gérmenes de la vida social. Ellos forman aún hoy un vasto cinturón en torno a las posesiones europeas; y cualesquiera que sean los abusos que se hayan introducido en unas instituciones en las cuales todos los poderes se hallan confundidos en uno sólo, sería difícil subs-

tituirlos por otros, que sin presentar inconvenientes mucho más graves, fueran tan poco costosos y tan bien apropiados a la índole silenciosa de los indígenas. Volveré sobre este punto de los establecimientos cristianos cuya importancia política no está bastante reconocida en Europa" HUMBOLDT, op. cit. t. IV, pág. 392.

- (3) Decretos del Libertador dados en Bogotá el 10 de Julio y el 13 de setiembre de 1828. En LODARES M. R. P. Baltasar, "Los Franciscanos Capuchinos en Venezuela", Caracas, 1931 t. III,

- pág. 8 y ss.
- (4) MORON Guillermo, "Tierra de Gracia", Caracas, 1949, pág. 79.
- (5) Cfr. LODARES op. cit. t. II, pág. 229 ss.
- (6) LODARES op. cit., t. II, pág. 298.
- (7) BARALT Rafael M. "Resumen de la Historia de Venezuela". Brujas-París, 1930, pág. 302.
- (8) Op. cit., pág. 30.
- (9) Informe de Alvarado, en: LODARES, op. cit. t. II, pág. 215 ss.
- (10) "Quizás no hay en el mundo criatura menos apropiada que el indio para amoldarse al cristianismo. Demasiado escaso para captar las verdades; demasiado precoz para levantar sus ideas hasta el cielo; muy poco ejercitado en la reflexión, para creer francamente ni siquiera en la existencia de un solo Dios, ni piensa en lo que ha de ser después de su muerte ni en lo que representa este mundo. Oye y repite balbuceando, la doctrina que se le predica, con la docilidad que parece sumisión y no es sino efecto de la pereza. Si la idea de un solo Dios está y apor encima de su concepción, ¿qué serán para él los misterios fundamentales de la religión cristiana? Barreras en las cuales ni siquiera tropieza, y por consiguiente, mucho menos ha de tratar de franquear". —DEPONS Francisco, "Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme", Caracas, 1930, pág. 135.
- (11) LEVEL DE GODA Andrés, "Informe sobre el estado actual de los distritos de reducción de indígenas Alto Orinoco, Central y Bajo Orinoco, y medidas que reclaman, presentado a su Excelencia el Poder Ejecutivo, por el Visitador nombrado al efecto", Caracas, 1850, pág. 11 y 12.
- (12) USLAR PIETRI, Arturo, "Los Fundadores de la Vida criolla", en "El Nacional" Caracs, 5 de Octubre, 1949.
- (13) Los misioneros del Alto Orinoco, Fr. Nicolás de Antequera y Fr. Juan de Ubrique escribían al Gobernador de Caracas en los siguientes términos: "Estas infelicidades tan grandes que hemos padecido provienen, no sólo de lo insano del lugar y de las plagas abundantes y continuas, sino por la desenfrenada y brutal persecución de la escolta que nuestro piadoso Rey nos concedió para alivio, consuelo y defensa de los misioneros, y se ha convertido, aprovechando la distancia en nuestros atormentadores", LODARES o. c. t. I pág. 338. Y comoquiera que Centurión no permitía a los misioneros ir a Cabruta para curarse de sus dolencias, imposibilitado su ministerio por la persecución del mismo, hubieron de volver a Caracas "todos hechos unos esqueletos, llenos de llagas, con calenturas".
- (14) BRICENO IRAGORRI —Tapiques de Historia Patria págs. 92-97.
- (15) "Gramática y Diccionario de la Lengua Pemón", por Cesáreo de Armellada O. M. C. Prólogo de P. M. Arçaya. Caracas, 1943.
- (16) BARALT Rafael María —Resumen de la Historia de Venezuela pág. 299— Brujas-París 1939.
- (17) id. id. pág. 300.
- (18) id. id. pág. 300
- (19) id. id. pág. 301
- (20) id. id. pág. 302
- (21) id. id. pág. 303
- (22) DEPONS Francisco —Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme, Prólogo de Vicente Dávila pág. VI, Caracas 1930.
- (23) Logrando transformar en laboriosos a estos hombres se haría de ellos buenos maridos, buenos padres, buenos cristianos, pues todas las virtudes sociales nacen del amor al trabajo. o. c. pág. 137.
- (24) HUMBOLDT Alejandro de, o. c. De los pueblos de los Franciscanos Observantes opina: "Son pueblos más grandes y vistosos que los que muestran las partes más cultivadas de Europa" id. t. IV, pág. 142.
- (25) "Quizás no hay en el mundo gente menos apropiada que el indio para amoldarse al cristianismo. Demasiado escaso para captar las verdades; demasiado perezoso para levantar sus ideas hasta el cielo; muy poco ejercitado en la reflexión, para creer francamente ni siquiera en la existencia de un solo Dios, ni piensa en lo que ha de ser después de su muerte, ni en lo que representa en este mundo". DEPONS o. c. pág. 135. Facilmente se colige de ese juicio hasta qué punto se puede achacar a falta de método el poco progreso que a veces se notaba en las reducciones.
- (26) o. c. pág. 204
- (27) Baralt o. c. pág. 332
- (28) o. c. pág. 205
- (29) RAMOS PEREZ Demetrio —El Tratado de Límites de 1750 y la Expedición de Iturriaga al Orinoco, Madrid 1946.
- (30) AGUIRRE ELORRIAGA, Manuel —La Compañía de Jesús en Venezuela, pág. 52 y sgs. Caracas 1941.
- (31) RAMOS PEREZ o. c. pág. 210
- (32) id. id. pág. 244
- (33) id. id. pág. 255
- (34) id. id. pág. 256
- (35) id. id. pág. 265

PABLO OJER S. J.